

La señora Conejo, al ver el caso, intentó atraparlos. "¿Por qué juegas con las cosas de los niños?", le preguntó con voz firme. El monstruo se encogió de hombros y con un guiño de ojo, respondió: "¡Porque me divierte!".

Los niños, cada vez más curiosos, querían verlo. "¡Ven aquí, monstruo bromista!", gritaban a coro. "¡Queremos jugar contigo!". Pero el monstruo era muy veloz y se escondía entre los navillos, jugando con la luz de las lámparas y los globos que decoraban el aula.

El monstruo, al ver a los niños tan divertidos, se reía con fuerza. Su risa sonaba como un trueno que hacía vibrar las paredes de la escuela. "¡Soy el monstruo bromista!", gritaba con una sonrisa. "¡Adore hacer travessuras".

"¡Mira, mi libro de cuentos se ha convertido en una pelota de baloncesto!", gritaba la pequeña Ana, saltando de alegría. "¡Mi mochila, ¡huele como un pájaro!", decía Pedro, imitando el vuelo de una ave.

"¿Pero no te das cuenta de que estás asustando a los niños?", le dijo la señora Conejo. El monstruo se quedó pensativo. "¡No quiero asustarlos!", dijo, un poco triste. "Solo quiero jugar".



En la escuela de la señora Conejo, siempre había un montón de risas y juegos. Pero un día, algo raro empezó a suceder. ¡Las cosas cambiaban de sitio! Las mochilas volaban por el aire, los lápices se escondían, ¡y las sillas se giraban solas! ¡Un monstruo peludo y verde, con una sonrisa traviesa, estaba jugando!

El monstruo se escondía entre los pupitres y, con un guiño de ojo, hacía que las cosas se movieran. Los niños reían a carcajadas, ¡les encantaba el juego del monstruo! Era tan divertido que no podían dejar de reír.